

Los noveleros

Cuéntase de un abogado español, muy inteligente, pero holgazán, y a quien su fama de talento y sus muchas amistades llevaron con frecuencia a ser juez de oposiciones, que ponía todo su orgullo en estar siempre muy al tanto de las últimas novedades científicas y que éste era su lado flaco en las votaciones; pues como realmente le faltaba mucho de aquello de que presumía, bastaba asegurarle que el candidato X. se trata las teorías más modernas respecto del asunto, para que incontinenti le votase, asintiendo a lo del modernismo como persona muy bien enterada y que sabe lo que eso representa.

El abogado en cuestión no es ningún caso excepcional. Como él hay muchos (abogados y no abogados), víctimas de una enfermedad mental que está haciendo grandes estragos en la gente estudiosa ó que aparenta serla.

Unos presumen de lo que no tienen; otros, saben realmente lo que presumen saber; pero todos coinciden en considerar como el *summum* de la cultura y del valor intelectual la adhesión a las ideas más nuevecitas, las que acaben de salir del horno, relegando al olvido, por viejas, las que tienen más de un año de antigüedad. La tal manía (que puede también no ser manía, sino *pose* y *añagaza*, para con el vulgo) va ganando terreno rápidamente, y creo que ya es hora de fijarse en ella y estudiarla, por lo menos, tanto como al famoso *misonismo*, que con frecuencia preocupa a políticos y sociólogos. Así como el protestantismo calvinista fué—como decía Gervinus—un catolicismo al revés, el *novelerismo* viene en rigor a representar la misma limitación que el misonismo, sino que en éste la dificultad intelectual se produce en el sentido de la penetración de las ideas nuevas y sustitución de las antiguas, y en aquél lo imposible es retener nada que no sea flamante y último en la serie, impidiendo que las ideas calen hondo en el cerebro y se digieran con la tranquilidad necesaria para nutrir el espíritu y despertar en él las reacciones críticas indispensables.

Los noveleros viven, en rigor, como esas mujeres que son esclavas de la moda y renuevan sus trajes y adornos a cada paso con tal de no quedar atrasadas y cursis. ¿Qué se dirá, si en cada estación, y en cada año, por supuesto, no se estrenase algo, todo si es preciso, desde el sombrero a las medias y ligas (también hay *revoluciones* en estas... cosas, de que tanto le gustaba hablar a Campoamor), para estar siempre en formas, géneros y colores a la última? Y en ese afán de lo nuevo se olvida ó menosprecia el gusto y la calidad de las novedades, sin pararse a ver, si por un momento, si se trata de una verdad que destruye errores pasados pasados ó de una de estas fantasías más ó menos sistemáticas que, de tiempo en tiempo, pasan como meteoros por el campo de las ciencias.

Cuando discuten con alguien, el supremo argumento de los noveleros es este:—«Ya no se piensa así; eso está ya anticuado. Lo que yo digo es más fresco, coheo aún y suprime por falso todo lo anterior.» Y como, realmente, la ciencia está rectificándose todos los días, y en esa rectificación (que debiera anular todas las vanidades) está su salud y su porvenir, el argumento citado deslumbra, a primera vista y parece cargado de razón. Pero su verdad general no debe hacernos desconocer que, si la condición primera del científico ha de consistir en tener siempre abierta su inteligencia a las rectificaciones que un estudio más atento de la realidad imponga, no todos los que pretenden ser Mesías redentores lo son en efecto, y que también en el mundo científico hay precipitaciones, fantasías y hasta engaños, que no han de admitirse sin más ni más, por su sólo título de Benjamines.

Influye mucho en la novelería el concepto clásico, y ya rectificado, del progreso, como una serie cronológica é ininterrumpida de estados. Si esto fuera así, tanto en la civilización general como en las direcciones concretas de la actividad humana, claro es que la perfección de la vida y de los conocimientos estaría en relación directa con los años, y lo mejor sería siempre lo más reciente ó, más bien, lo actual, cuyo reinado dependería de lo futuro. Pero no ocurre así en la realidad. Aparte de que la idea de progreso supone un ideal fijo de perfección, que puede ser equivocado, lo cierto es que los hombres no recorren el camino que a ese ideal conduce en línea recta; sino que, á menudo, trazan zigzags, se desvían por ilusorios atajos, se paran y aun retroceden: y esos zigzags, esas desviaciones, paradas y retrocesos, duran, á veces, siglos, perdidos en gran parte para la obra de la civilización. Durante ellos, cada novedad cronológica no es, realmente, un progreso, sino un simple cambio de forma ó apariencia en lo existente, ó bien una resurrección de cosas ya muertas ó que sólo viven en el cerebro de... los misonistas. Y sería preciso ver, en cada caso, si las doctrinas que se llaman nuevas no son, en el fondo, una vuelta á lo que los noveleros abominan por viejo y caduco.

Por otra parte, la creencia de que to-

da novedad científica viene á desmentir por completo lo que antes de ella se afirmó y representa una verdad más alta que se traduce ó puede traducirse en una mejora social efectiva, supone (aún en el caso de que se trate efectivamente de algo serio), una idea excesivamente simple de la ciencia y de la vida. Lo nuevo, aún siendo verdadero y racional, no puede pretender substituir todo lo viejo ó, mejor dicho, todo lo anterior á su aparición; de un lado, porque nace de ese mismo pasado que niega y sépalo ó no, está penetrado en gran parte de su espíritu; y de otro, porque la realidad es muy compleja y el hombre no ve de cada vez más que uno de sus aspectos, y no puede, por tanto, resolver de un golpe todos sus problemas. La renovación se hace poco á poco, parcialmente, con gradaciones que son visibles aún en el encuentro de dos teorías que en la apariencia son totalmente contrarias, ó en los periodos revolucionarios que, por su mismo carácter, parecen representar un cambio absoluto de cosas. Nunca se da la modificación en bloque del sistema entero, que es en lo que sueñan siempre los idólatras de «la última palabra», según lo demuestran en sus desprecios de todo lo que califican de atrasado é infructífero.

Y si bien se mira, lo que hay en el fondo de esa novelería á que vengo refiriéndome es una credulidad candorosa, una deplorable facilidad para entusiasmarse ante todo lo que se muestra con pretensiones de panacea ó de originalidad, ya sea por pura precipitación ó inevitable espíritu constructivo de los que la predicán, ya por charlatanismo perfectamente consciente. Y los que así se dejan arrebatar, guiándose las más de las veces por la brillantez del pabellón que cubre la mercancía, no sospechan que padecen de lo mismo que censuran en los que lisa y llanamente aceptan la doctrina que hallan arraigada en su tiempo ó que oyeron á sus mayores, sin contrastarla con una crítica personal, serena y detenida que pide á todo pruebas con el derecho del que quiere convencerse por sí mismo de la verdad.

Malo es el misonismo; pero librémonos de volverlo al revés, perpetuando su misma ineptitud para la ciencia, con la novelería sistemática. Lo nuevo puede ser bueno; pero no por ser nuevo, sino por otras cualidades que es preciso aquilatar con el mismo rigor que para la crítica de lo viejo se usa.

RAFAEL ALTAMIRA

LA SEMANA EN BARCELONA

La despedida de Meiffren.—Situación de los artistas en Barcelona.—No se venden cuadros.—Nuevas revelaciones.—El concurso de reproducciones de la Exposición de Arte antiguo.—El concurso del editor señor Parera.—Gente nueva: Pons y Pagés, autor de *El mestre nou*—Juan Manén, autor de *Giovanna di Napoli*.—Necrología: El doctor don José Roquer Casadesú.

Ayer me encontré á Meiffren, el notable pintor que en dos recientes exhibiciones ha dado pruebas de su gallardía de maestro, y tendiéndome la mano, despidiéndose de mí, exclamando en tono melodramático, que trascendía á parodia cómica:—

—¡Adiós, amigo, adiós para siempre! ¡Quizás ya no nos veremos más!
—¿Y eso?—le pregunté.
—Me marcho de Barcelona, probablemente para no volver.
—¿Y á dónde te vas?
—De momento á Buenos Aires... después veremos.

Y en efecto, según me contó, está en visperas de embarcarse, llevándose consigo lo que más quiere en el mundo, su familia y sus cuadros... Aquellos hermosos cuadros que, expuestos en el salón del Círculo Artístico, tanto y tan justamente encomió la crítica, y tanto y con tanta razón gustaron á todo el mundo... menos á los que debían comprarlos.

La partida de Meiffren, y especialmente la causa que la motiva y su resolución de no volver jamás por acá, que yo espero no sea irrevocable, son cosas que de todas veras deben afligirnos, en cuanto revelan que á medida que Barcelona crece y aumenta en opulencia y bienestar, por causas que no se explican bien, va enrareciéndose el ambiente para los artistas, hasta el punto de que, á una buena parte de ellos, los que no cuentan con más medios que su arte, el imperioso problema de la vida se les va haciendo cada día más difícil.

El arte progresa; los procedimientos se refinan; á las habilidades del *métier* ha sucedido un loable afán de sinceridad; esto salta á la vista. Pero el caso es que no se venden cuadros—la queja es general—y de la colocación de sus obras han de vivir forzosamente los que las producen, que al fin son hombres como los demás, con corazón, pero también con estómago; con fantasía soñadora é ideales elevados, pero con necesidades materiales, tan prosaicas como se quiera, mas de todo punto ineludibles, tiránicas como toda ley de la naturaleza.

Por ser tantos los que pintan y mucho lo que producen, y cada día menos los

que compran y en número todavía más reducido los que se hallan dispuestos á pagar algo más que el valor material de una obra artística, es por lo que pasan aquellos no escasos apuros, y algunos, como Meiffren, zanján el conflicto de la vida tomando el partido de emigrar al extranjero, cual si Barcelona se hubiese convertido para los artistas, y aun de ellos para los que son hijos suyos dignos de consideración por su reconocido talento, en una tierra inhospitalaria.

Exportar productos artísticos arguye pujanza; en cambio tener que exportar artistas es algo muy triste, muy de lamentar, que transcende á pobreza y decaimiento.

La situación poco desahogada de los que cultivan el arte se ha puesto de relieve en el concurso de obras de reproducción realizado con motivo de la Exposición de Arte Antiguo. Los modestos premios de 500 pesetas que se ofrecieron han sido disputados con verdadero encarnizamiento. Colecciones hay de dibujos entre las presentadas, cuyo valor material—sólo el computo del tiempo invertido en ejecutarlos—excede al importe del premio ofrecido, y con todo, algunas deberán quedar sin recompensa, si no se aumenta la consignación. De suerte que el concurso, por sus resultados artísticos, podrá reputarse como brillante; pero para muchos de los que han contribuido á prestarle esa brillantez, resultará bien poco agradecido.

Siquiera todos los que pueden y están en el caso de alentar el progreso del arte siguieran el ejemplo del señor Parera, inteligente editor de la *Revista de Materiales y Documentos del Arte español*, que ha abierto un concurso, modesto si se quiere, pero digno de todo encomio. Grandes dificultades tiene que vencer el señor Parera para llevar adelante su empresa editorial, luchando con la indiferencia del público, y eso que la reproducción gráfica de los elementos de arte español antiguo y moderno interesa á todo el mundo y de una manera especial á los cultivadores de las industrias artísticas, que encontrarán en aquella publicación notables modelos y una fuente inagotable de inspiraciones. No se me oculta que el concurso del señor Parera es, ante todo, un elemento eficaz de propaganda; pero como la empresa que ha acometido es buena, y hasta ahora, por desgracia, no ha encontrado el éxito material que merece, la juzgo digna del apoyo de todos cuantos se interesan por la difusión del buen gusto en pro de la cultura.

¡Bienvenida la gente joven!

Con esta exclamación saludo á Pons y Pagés y á Juan Manén, autores, respectivamente, del drama *El mestre nou*, puesto en Romea, y de la ópera *Giovanna di Napoli*, estrenada en el Liceo.

Pons y Pagés dióse á conocer el año pasado con su primera obra titulada *Sol eixent*. En la segunda revela un evidente progreso, pues ofrece más ambiente y consistencia, y tiene además una intención social de que aquélla carecía. No es todavía una obra de las que se imponen. Como si el autor no estuviese hondamente identificado con el asunto, sintiéndolo sólo en lo que éste tiene de externo, échase de menos en *El mestre nou* la vibración, el calor emocional que es el *quid* de los grandes éxitos y la revelación de los temperamentos dominantes.

Algunas escenas están bien trazadas y los tipos, en general, dibujados con experta mano y verdadero talento de observación.

Manén sigue siendo el artista de acometividad y brío juvenil que se nos reveló en anteriores composiciones sinfónicas.

Cierta noche, el malogrado Soler y Rovirosa oía en el Lírico una de ellas que, si mal no recuerdo, se titulaba *Suite catalana*, ó algo así, y estaba encantado por el ardimiento y el desembarazo de Manén, que era entonces todavía un muchacho.—Estos chicos valientes—me dijo—me entusiasman, pues creo que el porvenir es suyo.

El maestro siempre benévolo y optimista, pero dotado de un poderoso instinto de adivinación, hubiera gozado lo indecible el jueves por la noche ante la *hombreda* de Manén, que de tal debe calificarse su ópera en un acto. En ella hay caldas, inexperiencias, unas achacables al compositor, la principal, á mi ver, al libretista, empeñado en condensar en un acto un asunto que exigía mayor desarrollo. Pero en el trabajo del músico hay brío, fogosidad, nervio, impulsión, arranque: melodías tan hermosas como la romanza de soprano, piezas de efecto seguro como el concertante, y una riqueza y una brillantez armónicas que no decaen nunca, revelando algo más que simple estudio, verdadera fuerza de temperamento. Como primer ensayo, la obra resulta admirable; otras que no valen lo que *Giovanna di Napoli*, las toman por su cuenta los editores italianos y logran hacerlas dar la vuelta al mundo.

¡Qué tristeza! Entre los aplausos prodigados al joven compositor catalán, caía herido de un ataque fulminante, que en

breve acabó con su existencia, el simpático y meritísimo doctor don José Roquer y Casadesú, asiduo concurrente del Liceo y uno de los médicos más reputados en la ringología. A su acreditado gabinete solían ir los artistas líricos que tienen su fortuna en la garganta, y en una habitación contigua á la sala de consultas, el doctor Roquer, que á más de médico era un músico inteligente, tenía su piano, sus partituras, todo lo menester, para que á veces la consulta terminara con una audición improvisada. Al Liceo no faltaba ni una noche, y sus opiniones sobre las óperas y los cantantes eran de verdadero peso.

Hombre de una gran cultura intelectual, ejerció la presidencia del Congreso Oto-sino-laringocológico que tuvo efecto en nuestra ciudad en 1900, y en la Real Academia de Medicina, de la cual un miembro activo había dado pruebas repetidas y brillantes de su vasta ilustración. Su último discurso lo dedicó al doctor Robert; y á propósito de él, recuerdo que me dijo:

—Me he propuesto no poner ni una palabra mía: con solo retazos tomados de los diversos trabajos del maestro voy á hacer una obra completa y que se distinguirá por su unidad.

Así lo efectuó y le salió admirable. A su talento reconocido unía un gran corazón, que se revelaba en su trato franco y afable y en un sin número de rasgos filantrópicos. Cuando, para atender á su numerosa clientela, se vió obligado á dejar la plaza de médico numerario de los *Amigos de los pobres*, que había ganado en refiadas oposiciones, al pedir la escedencia, solicitó y obtuvo el desempeño de una clínica gratuita para los pobres. Desde entonces, dos días á la semana, y sin faltar jamás á su voluntario compromiso, vino ejerciéndola en la Casa de Socorro de la Ronda de San Pedro. Del tiempo que para él era oro, daba esta importante porción, acrisolada por su talento y por su bondad, á los menesterosos.

A sus ancianos padres y á su hijo envió la expresión de mi más sentido condoleo. Hombres como el doctor Roquer son de los que al partir para siempre, dejan un gran vacío en el corazón.

J. ROCA Y ROCA.

Busca, buscando

Un ciudadano de Montreal tuvo, á propósito de no sé qué cuestión, diferencias de criterio y de intereses con una Compañía hidráulica establecida en la misma ciudad. No hubo manera de avenirse, ó quizás faltó para ello la indispensable buena voluntad por una ó otra, ó por ambas partes, y el asunto fué llevado ante los Tribunales. Al llegar el día de la vista, presentáronse en estrado los lectores respectivos y...

Y el informe, digo, los informes, se prolongaron durante diez días. El abogado demandante platicó cinco días, á razón de cuatro horas diarias. El abogado del demandado no quiso, naturalmente, ser menos y peroró durante otros cinco días.

El caso me parece bastante notable y merecedor de ser expuesto á la admiración de nuestras generaciones. Pero si elogios entusiastas es justo dispensar á togados que disponen de tan resistentes laringes, de tan expeditas lenguas, de facundia tanta, ¡qué admiración no hay que otorgar á los jueces capaces de aguantar, diez días seguidos, aquel abrumador chaparrón de elocuencia!...

No sé si los torturadores de la Edad antigua, ni los de la Edad Media encontraron jamás, en sus crueles é ingeniosas combinaciones, un suplicio tan refinado: escuchar la oratoria monótona, fatigosa, de dos abogados que peroran durante cuarenta horas sobre el mismo tema. Soporitar tres días consecutivos una prueba semejante exige ya verdadera valentía; pero resistirla dos, cuatro, seis días más, supone un temple de alma estupendo y una energía física de primer orden.

Porque debe tenerse en cuenta que los magistrados canadienses sostuvieron la horrenda embestida sin departirse un momento de su estoica calma; impávidos, serenos, guardando en sus rostros y en sus actitudes el sello de augusta resignación de los mártires y de los héroes, apuraron hasta el final la tremenda prueba.

¡Ni siquiera se durmieron!... Hay momentos, hay ocasiones, en que el sueño debe ser considerado como el más santo de los derechos, como el más sagrado de los refugios. ¿Qué otro escudo que el sueño cabe oponer á la perfidia asesina de una oratoria implacable, destilando en soporífero chorro?

Pero, aun más que la angelical resignación de aquellos magistrados, conviene admirar su magnanimidad, casi sublime. Con mucho menor motivo, otros jueces europeos han cobinado á los letrados en el uso de la palabra, cuando entendían que los informantes rebasaban los límites permitidos y se excedían en el abuso de sus prerrogativas oratorias. ¡Cuántas y cuántas veces no se ha dado el caso de interrumpir un presidente de Audiencia el informe de un abogado latoso, conminándole para que abreviase su discurso y hasta para que le pusiere término definitivo!... No creo, sin embargo, que se haya dado nun-